

INFORMACION ACADEMICA

Actos celebrados en honor de los Sres. D. Alejandro Quijano, D. Jenaro Fernández Mac-Gregor y D. José Rubén Romero, que en representación de la Academia Mejicana, Correspondiente de la Española, han venido a invitar a ésta para que asista al Congreso de Academias de la Lengua que se proyecta inaugurar en Méjico el 23 de abril de 1951.

Recibimiento en el aerodromo.—El día 13 de octubre del corriente año, a las tres de la tarde, llegaron al aerodromo de Barajas en un avión de la "Iberia" los ilustres académicos mejicanos con sus familias. Acudió a recibirlos una comisión de académicos españoles, de la que formaban parte los señores Dr. Eijo Garay, Patriarca de las Indias; Casares, González Amezúa, García Gómez, Diego Cendoya, Martínez Kleiser y Sánchez Cantón. El Director, Sr. Menéndez Pidal, no pudo asistir por hallarse indispuesto.

Banquete en la Academia.—El miércoles, día 18, en el salón de Exposiciones de la Academia, donde se exhiben todas las publicaciones de la Corporación, desde el venerable Diccionario de Autoridades hasta los últimos volúmenes de la "Colección de Obras Selectas", y en cuyos muros se hallan los retratos de los primeros Directores, se celebró un almuerzo puramente académico en honor de los huéspedes mejicanos. Ocupó una presidencia de la mesa el Licenciado D. Alejandro Quijano; la otra correspondió, en ausencia del Sr. Menéndez Pidal, al Sr. Duque de Maura, como académico más antiguo.

Al final del almuerzo, durante el cual reinó la más franca

y fraternal cordialidad, se leyeron las adhesiones de algunos académicos ausentes, y el Sr. García Sanchiz, por encargo del Sr. Director, ofreció el banquete a los invitados, con las afortunadas palabras que a continuación se transcriben:

“De sobra sé que, si no indigno, tampoco soy quien de una manera cabal deba representar a la Academia y ofrecer en su nombre el agasajo con que obsequiamos a nuestros ilustres y queridos huéspedes. Declaro sin embargo, que me gusta mucho desempeñar tal comisión, y que ni siquiera me detiene el riesgo del fracaso, de dar un resbalón tras veinticinco años de vivir del ejercicio oral. El tenor Caruso, y conste que yo no me tengo por un divo, lanzó un gallo la noche de su presentación en Montevideo, y como se alborotase la ciudad, hízole él saber que no habiendo cometido pifia semejante en ningún teatro del mundo, el singularísimo hecho constituía todo un privilegio. Y, en fin de cuentas, si tropiezo y caigo, mayor mérito habrá en mi homenaje, puesto que encerraría el casi voluntario sacrificio de una humillación.

Cuando el galeón de Filipinas, que nosotros llamamos la nao de Acapulco, era avistado desde San Blas, las atalayas costeras señalaban con alborozo su paso, y al recalar el barco en Santiago desprendíase de un tripulante, el cual se dirigía sin pérdida de tiempo a Colima, donde le aguardaban las autoridades, que en el acto despachaban los oportunos correos a la capital, o sea al Virrey.

Y en Méjico cesaban las campanas de tocar con el son de las rogativas, en demanda del auxilio divino ante el peligro de los piratas, según se acostumbraba hacerlo, entre las nueve y las diez de la noche, para mayor espanto.

Y los mercaderes y los arrieros emprendían su marcha, con ostentación y alborozo irrefrenables: como que iban a la más famosa feria del orbe, que así la calificó Humboldt.

Cuentan los historiadores del acontecimiento que en la caravana de caravanas, las caponeras por delante, los mercaderes montaban briosos corceles, a lo charro, no sin la guarda, pese a tanta gallardía, de unos escopeteros, y que la arriería llevaba en sus adornadas mulas, “plata acuñada o en barras, la pasa-

manería de oro de Puebla, la loza de Guadalajara, los sarapes de Saltillo, la cochinilla de Oaxaca y el cacao de Tabasco y Chiapas”.

No nos olvidemos de los frailes, los juglares, los arbitristas, los curiosos, los que se alistaban en el servicio militar del lejano archipiélago y los prisioneros conducidos en cuerda al mismo destino que los soldados.

Acapulco, entre unas enormes montañas y el mar; con sus cañas de azúcar y sus maizales; con sus tiburones y sus peces variopintos; con sus edificios, construídos sobre pilotes, por temor a las inundaciones; con sus hamacas; con su perfumado calor; con su insolación o su luna, de luz palpable, y todo ello frente a la Boca Grande y la Boca Chica, demarcadas por la isla de la Roqueta, y bajo la tutela del presidio de San Diego, pasaba de los cuatro mil habitantes de su censo a la invasión de los forasteros, que llegaban a diez mil.

En esto, una tórrida mañana de esmalte o un apoteósico crepúsculo, el galeón irrumpía soberbiamente por el lado oriental de la Roqueta, en plena ufanía el espolón con sus proverbiales figuras, enfáticos los puentes, y las lonas hinchidas, rotundas. Doce cañonazos disparaba al entrar, a los que San Diego contestaba con otras tantas salvas, mas el artillero ruido quedaba como un eco del grito de la multitud, que enloqueció con el triunfo de las sensualidades, la riqueza y el orgullo patrio.

Amigos y maestros míos: yo soy aquel tripulante que desembarcaba en Santiago y cuando supe que venían nuestros queridos e ilustres huéspedes de hoy acudí en seguida en busca de D. Julio Casares, que no sólo no entibió mi entusiasmo, sino que lo alentó, y heme aquí difundiendo por Madrid la gratisima noticia, al modo del legendario nauta y heraldo, de cuya actividad me enteré por sabrosas lecturas, en el propio Acapulco. Y en verdad, si mucho valían las sedas y las porcelanas de la fabulosa navegación, no vale menos, y, muy al contrario, las supera, el tesoro espiritual que transportan consigo estos anhelados visitantes.

Confesada ya mi vehemencia, de que no me arrepiento, y en la que en cierta manera reincido, porque me dispongo a escucharla con una indiscreción.

Nos hallamos en el relicario de la por antonomasia docta Casa. Aquí, en esas vitrinas, consérvanse joyas bibliográficas y autógrafos augustos, como el de Cervantes. Una vez al año la Academia se congrega en tan venerable sitio, sin que se admita a nadie que no pertenezca como miembro de número a la Corporación. Trátase del ritual banquete de enero. La sobremesa constituye el libertinaje de los maduros varones que forman el Senado de las Letras, y consiste su orgía en la revelación de intimidades literarias, puro chisporroteo del ingenio. También los benedictinos celebran sus fiestas ajenas al culto. Yo recuerdo, por ejemplo, haber oído en Montserrat, después del canto gregoriano en el coro, y trasladada la comunidad a un aula, unas deliciosas pastorales del siglo XVIII. Desvíos de la vocación, que la confirman.

Pues bien; la austera regla se ha quebrado, y por primera vez asisten a la comida unos académicos correspondientes. Deseábamos retribuir vuestra magnífica cortesía, la de la invitación al Congreso, que en persona nos hacéis, ¡oh insignes mejicanos!, con que se dispuso algo que no fuera seguir las viejas huellas. No hay precedentes, en suma, del significativo y feliz instante que fraternalmente compartimos.

Sorprendo la sonrisa del admirable y peligroso autor de *La vida inútil de Pito Pérez*, y me entran dudas sobre si la cosa obedecerá a su diabólico influjo. De Michoacán procede él, y allí existe una de las maravillas del universo: un volcán recién nacido, el *Parícutín*. Lo conozco. Desde Uruapán, con sus árboles evocadores de los días del Descubrimiento, y con los vestigios más estupendos de la Colonización, me dirigí al miradero, que ya es habitual, y que se alcanza, de madrugada, momento elegido en gracia al escenográfico contraste de la negrura nocturna con el chorro ígneo, a lomos de una pequeña y estoica cabalgadura, que trepa o desciende por la endurecida lava, mientras suena a intervalos un rumor subterráneo. De pronto las rampas tórnanse blandas: cabalgamos por las arenas sedimentadas. De fondo sirven a un aquelarre inesperado, no obstante la lógica del encuentro: todo un pinar densísimo pereció, y sus rotos y secos troncos claman en su trágico mutismo. Lo mató el aliento del volcán. Por último, allá, la cumbre hendida, con su luminosa

humareda, y el manantial de fuego, en apariencia inmóvil, a trueque de serpentear en desatada corriente, no disminuía en el lustro que es su edad, y durante el que sepultó un pueblo y envolvió a otro, salvo el campanario, más que por el bloque arrollador, secuestrado por el pasmo del aire. Amanece, y no cantan los pájaros, que huyeron como el agua de los momificados arroyos.

Excepto en la destrucción, de que al cabo sale renovada y enriquecida la fecundidad, capaz es Rubén Romero de producir explosiones como la presente, en que el academicismo se encendió en una llamarada cordial, por neta inspiración mejicana, alabado sea Dios.

Y puesto que ya terminé con los secretillos circunstanciales, permítaseme anunciar a los egregios personajes que nos acompañan.

De muy atrás arranca mi amistad con D. Alejandro Quijano. Prócer, lo era en la fecha que ni por él ni por mí desearía precisar, pero todavía no usaba el actual bastón con la contera de goma, recurso con que provoca nuestra enternecida afectuosidad, para que la suya no permanezca abandonada en sus soledades. Generoso, discreto, brillante, goza de una popularidad distinguida y ha ido ocupando los cargos supremos, a condición de que no le aproximen a la política, que no le ha tentado nunca. Presidió la barra de los Abogados, preside la Cruz Roja. Y la Academia. Gobierna asimismo el gran diario *Novedades*. De clara ascendencia española, aunque delicadamente mestizo en lo espiritual, demostró siempre un hispanismo lleno de sentido y elegancia, como si dijéramos, con doctrina y liturgia. Su apacible físico, que respira bondad, y de tan manifiesto señorío, complétale, y no cabe mayor decoro. Dígase, en una palabra: virrey. D. Alejandro Quijano es un virrey que sobrevive al virreinato.

La presencia de nuestros dilectos colegas remueve en mí el dormido conjunto de los panoramas de su país, y D. Alejandro, o Su Excelencia, se me aparece en el celeberrimo *Zócalo*. Dos como la de Salamanca entran en la plaza de Méjico. Un palacio ocupa por entero una parte de la explanada. Tiene tres puertas, holgadas las tres y monumental la del centro. La planta baja,

aunque con una extendida serie de huecos, impresiona por su macidez, a causa de la reciedumbre de los sillares. Arriba, en el muro de esa piedra que se acuerda de haber sido fuego, el *tezontle*, los balcones de hierro, fierro se dice allí, a tal punto mantienen la cercanía de unos a otros y la línea recta, que se resuelven en uno, imponente, solemnisimo. El piso más elevado, rítmico en sus repetidos arcos, yergue en las esquinas sendas torrecillas, y en su mitad, una espadaña con un esquilón, perfilándose en lo demás una almenada crestería. Morada inconfundible del Gobierno. Como de la jerarquía metropolitana, la catedral, con dos campanarios, fachada de retablo escultórico, y al costado, la del Sagrario, especie de venera, y por encima de la fabricada montaña la perspectiva de cúpulas y linternas, una fantástica flota a velas desplegadas. Frente a la iglesia, en una lejanía profunda, el tercer monumento, el antiguo Consistorio, y, por último, paralelamente al palacio, aquel pórtico de recias pilastras, solariego y amparador con su bóveda de unas tiendecitas, herederas de los mostradores reservados a la bella mercancía de Acapulco.

El cielo es de un azul transparente, fino el aire, deslumbrante el sol.

A lo largo y lo ancho de la tierra, persisten los vestigios hispánicos, mas, por lo común, en virtud de motivos espirituales o residuos favorables a las evocaciones. En el *Zócalo*, España sostiene íntegra, y como la Virgen de la Asunción, que sube al cielo como se durmió en el valle, está inmortalizada, está glorificada en cuerpo y alma.

Imaginémonos a D. Alejandro Quijano, al que rinde armas la guardia, y que se encamina, con un séquito de notabilidades, al *Te Deum* por la venturosa travesía del galeón filipino: imaginémoslo, espléndido en su figura y suavidad, que realzan, el casacón del color de las flores, las bandas —no escasean, entre paréntesis, en el guardarropa de nuestro magnate—, la peluca empolvada, de rizo horizontal en la oreja y coleta con nudo de seda; las medias blancas y estiradas, al extremo de convertir las pantorrillas en balaustres. Porque no corresponde a la amabilidad y al espíritu aplicado de D. Alejandro, la época de los Austrias enlutada en terciopelo, rígida y grave, si bien su idea se remonta con el vuelo fijo de las águi-

las. Yo le veo como una reencarnación, por ejemplo, de Don Juan Vicente Guemes, Conde de Revillagigedo, gala de los tiempos borbónicos y el protector de la Escuela de Minas, y creador del Jardín Botánico, y animador contemporáneo de la expedición científico-marítima de Malaspina, y a quien las excavaciones que dispuso otorgaron la dádiva del inapreciable disco solar azteca.

Dije de Rubén Romero que procedía de Michoacán. Y de casta le viene que él reafirma en sus obras, consagradas a los bosques, lagos, cumbres, tipos y rasgos del Estado, que, mejor que ninguno, acredita la que yo considero como cuarta dimensión de Méjico, es decir, su privilegio del misterio y la profundidad.

La capital, Morelia, está cimentada en una cantera, de la que se extrajeron los sillares de la Compañía de los Carmelitas de San Francisco, de los *juanines* —religiosos de San Juan de Dios—, de las *Rosas*, por aquella de Lima, etc. Y que regaló sin tasa los monolitos de las columnas del patio de cada egregia mansión, que se suceden. Alamedas y bosques, frondosidades profusas en cantidad y espesura, ofrecían el alivio de su serenidad al apasionamiento escolástico. Los montes, cortando la mirada, obligaríanla a dirigirse al cielo. Clerical, monumentalmente levítica, es Morelia; yo no sé si en su actual existencia, aunque me inclino a creerlo por la abundancia de templos, todos en constante oración, llenos siempre de fieles, y porque sus campanas, del más claro timbre, no cesan de sonar hora tras hora. Distingamos. No se trata de un nido de misioneros, pese a su origen —unos frailes franciscanos la fundaron—, sino de una fortaleza eclesiástica, desde un principio regida por el feudal señorío de la Mitra, elevada con el tiempo a la dignidad suprema, la del arzobispado. Una finalidad exclusiva se persiguió en cualquier época, y así se construyó la Catedral, con la llamarada de sus torres, entre las que chisporrotea la fachada, alarde del cincel, y multiplicáronse en torno suyo los monasterios, las iglesias y los hospitales. Su célebre Seminario Tridentino crió al único Cardenal de que se enorgullece la piedad mejicana, pues aun no obtuvo el segundo. El Dogma impera. Y todo contribuye a su perpetuidad. En fin, unánimemente,

la piedra adquirió el color de la púrpura, como en nuestra Salamanca. Eso, una Salamanca fué el imponente foco teológico de la Nueva España. Acaso en el presente siglo, Morelia, tranquila y en desuso como profesional de la religión, expropiados sus cenobios, que se transformaron en bibliotecas y aulas profanas, cuajó en una repetición de Alcalá de Henares, en una reedición, justo es consignarlo, considerablemente aumentada. Lo cierto es que uno se ennoblece en el paseo por sus soportales, abrumados de mostradorcillos de la industria indígena, y a los que se abren esas tiendas de provincia rica, frecuentadas por unas muchachas finas y fuertes, como nacidas en una arquitectura eterna que inspiraron ideales extrahumanos.

En cierta plazuela, que posee el encanto de una clausura monjil, reposan la estatua de Cervantes y la de D. Vasco Quiroga, el *tata Vasco* de los *inditos* pescadores o artesanos de Patzcuaro, nacido en Madrigal de las Altas Torres, que fué a Méjico en calidad de oidor de la Audiencia y a quien el Papa y Felipe II eligieron para obispo, teniendo Fray Juan de Zumárraga que otorgarle en un día desde la primera a la última orden canónica. Pues bien, fingiéndose escudero de Don Quijote o criado de D. Vasco, Rubén Romero continúa en realidad a entrambos arquetipos humanos: del hombre hecho a semejanza de Dios. Alardea de su aspecto rural y de malicia, no desdeciría en su cabeza el arrieril pañuelo de cura Morelos, que lo usaba a despecho de su uniforme de caudillo de la Independencia, y espolvoreándola con la canela de sus repentes archipopulares, agudos como golpe de acicate, practica la caballería andante y la caridad, sin sosiego ni desmayo. Político, embajador, se jacta de ser revolucionario, y consiste su programa no en odiar a los ricos, aunque sí en irritarse porque existan los pobres.

Como literato, rebosante de humanidades vivas, se complace en las expresiones coloreadas y libres, pero su discurso de ingreso en la Academia consistió en una oración a su madre. Una singular creación le ha valido fama no igualada por nadie y que ya le abrumba, como a Pemán su *Divino Impaciente*: la de *Tito Pérez*, el borrachito con chaqué, traslado a Michoacán de la castellana picaresca, sólo que con una ternura ajena, *ver-*

bi gratia, a Quevedo. Diríase, si se me permite el ademán, que los clásicos pícaros de los clásicos, son de secano, y de regadío el inmortalizado por D. José Rubén Romero.

Bienvenido, y quépale la seguridad de que ha de perdurar la huella de su cordialidad y sus genialidades, con las que al instante conquista a cuantos le tropiezan, envolviéndolos en una simpatía irresistible.

Completa la trinidad de la embajada y complementa sus valores, D. Jenaro Fernández Mac Gregor, que, lo confieso, no acertaría a situar, como a sus compañeros, en un determinado sitio de su patria. Retrátalo, en cambio, su impasibilidad en el aeropuerto, en medio de aquel rodar de hélices, amontonarse equipajes y confundirse abrazos y saludos. Únicamente él tenía sus nervios en la mano, como unas riendas. Adquirió tanta entereza y disciplina en el ejercicio de sus funciones de internacionalista, que no se reduce a lo teórico, sino que se prodigaron de Wáshington a La Haya. Jamás se monta una Comisión de Asuntos Exteriores, como se les denomina, que no subraye su autoridad, asimismo consagrada en la cátedra: fué rector de la Universidad de Méjico. Y al par cuenta con una eminente y dilatada obra literaria, su refugio y el de los espíritus selectos. Vedle ahí como fronterizo en su vitola, de la mejicana y la británica. Porque el Mac Gregor no es *gringo*, o sea yanqui. Un romántico escocés del tiempo del Romanticismo, su abuelo, emigró a la península de Yucatán, casóse allí, y la descendencia acredita el abolengo, idealista por el varón incompatible con las contemporizaciones, y en lo que respecta a la esposa, con ese estilizado señorío que caracteriza a la mujer yucateca. Notoria está la no desviada herencia en la persona del insigne profesor, sencillamente impecable. Suele sobrevenir en la fundición de las campanas que acuda un devoto con un montoncillo de objetos de plata, los cuales aclaran el timbre del bronce. De idéntica manera, la aleación del visionario emigrante prestó nuevas resonancias al metal nativo, ya de por sí armonioso y suave.

Señores académicos mejicanos: recuerdo que una noche de luna llena, mar de claridad en que se perdía el río de resplandor de los faros, rodaba el automóvil a mi servicio por las emi-

nencias de la Sierra Madre Occidental en la zona del Trópico de Cáncer. Iba a mucha velocidad hacia Monterrey. Presentóse en esto una nube de mariposas, y tantísimas la componían que se amasaban en el radiador, en las aletas, en el *capot*, en el parabrisas. Hubo que suspender la marcha. Mírese por dónde la neblina de alas o pétalos venció a la arrolladora máquina. Por el mismo modo, vuestra cortesía y las demás virtudes que os acompañan, logran cortar la violencia, rayana en la brutalidad, de los actuales momentos. ¡Honor a la Academia de Méjico, en esta que será una de las máximas efemérides de la Academia Española!

He dicho.”

Junta extraordinaria de la Academia.—El jueves 19 de octubre, a las siete y media de la tarde, se reunió la Academia en su palacio de la calle de Felipe IV, con asistencia de los académicos mejicanos, Sres. D. Alejandro Quijano, D. Jenaro Fernández Mac-Gregor y D. José Rubén Romero. Presidió el Excmo. Sr. D. Ramón Menéndez Pidal.

Dichas la antífona y oración acostumbradas, se leyó y aprobó el acta de la junta anterior. A continuación el Sr. Director dirigió un cordial saludo de bienvenida a los ilustres representantes de la Academia Mejicana, y concedió la palabra al Director de ésta, que dió lectura del siguiente mensaje:

“Nunca imaginé que mi destino habría de traerme un día ante la ilustre Academia Española en representación de mi Academia Mexicana, su Correspondiente. Mas ya se sabe que el destino, el *fatum*, en alguno de sus simbolismos mitológicos, es ciego, y así, elige a veces sin acierto a los hombres para encomendarles misiones que están muy por encima de su estatura. Y éste es el caso.

La Academia Mexicana, Correspondiente de la vuestra, ilustre señor Director, ilustres señores académicos, está organizando por primera vez en la historia de las corporaciones que, bajo la égida de esta matriz, tienen por encargo el cuidado del idioma en todos los pueblos de habla española, una Conferencia en la que todas las Academias: la vuestra, las hispanoameri-

canas, la filipina, se reunan en nuestra capital —hablo, al usar el posesivo “nuestra”, ya lo supondréis, en nombre de mis insignes colegas D. Jenaro Fernández Mac-Gregor y D. José Rubén Romero, presentes aquí, y de nuestros compañeros ausentes— para llegar en lo posible, que es lo más a que podemos aspirar los hombres, a hacer una labor intensiva de coordinación y de limpia de nuestro habla común, honrando con ello el emblema que la Corporación ostenta desde los tiempos del rey Don Felipe V.

El Presidente de la República Mexicana, Sr. Lic. D. Miguel Alemán, en lauta efusión amistosa para la cultura, brindó a nuestra Corporación, al cerrarse la sesión de recibo en nuestro Cuerpo, como individuo de número, del aquí presente Sr. D. José Rubén Romero, hace obra de cuatro meses, la sugestión de efectuar la Conferencia a que me refiero, ofreciéndonos el patrocinio económico del Gobierno para cumplirla con todo el decoro posible.

Y aceptados con entusiasmo y gratitud la sugestión y el ofrecimiento, la Academia Mexicana ha iniciado sus gestiones de organización, comenzando, por supuesto, por dirigirse a sus congéneres, y primero que a ninguna a esta Academia Española, por conducto de su insigne Secretario perpetuo y, a su través al señor su Director, presea de las letras españolas de nuestra época. En la seguridad de que la idea será gratamente acogida por esta Española, como lo ha sido ya por un numeroso grupo de Academias hispanoamericanas, decidimos, en nuestro Cuerpo, venir a España, por tratarse de la matriz, y en prenda de lo que haríamos, si pudiésemos, con todas las demás Academias, por medio de esta comisión que integramos los señores mis colegas y yo, a confirmar nuestra invitación para ir a México y para que hagáis allí, así sea por breves días, vuestra casa, y en ella laboréis con nuestros colegas hispanoamericanos y filipinos y con nosotros en los trabajos de la Conferencia, de lo que estamos casi ciertos por las señas ya antes recibidas y por la anchura de vuestro acogimiento.

Hemos pensado, como sabéis, que la Conferencia comience el 23 de abril, fecha memorable para todos los que hablamos español.

Alentamos, digo, el vivo deseo de que nuestra invitación sea aceptada, y ello cabalmente por todos los señores académicos, a fin de que todos y cada uno de vosotros os dignéis trasladaros a México como huéspedes de nuestra Corporación en todos sentidos, incluso los viajes y la estancia en nuestro país. Ha sido, en efecto, propósito de la Academia y del Sr. Presidente de la República, quien le concede su auspicio, el que, aparte la invitación a todos los cuerpos académicos, ésta incluya a todos sus miembros, que tanto lustre han dado y dan al idioma. Al magnífico idioma que, nacido en esta tierra y ennoblecido por la obra de los eximios varones que en adunia, y con genial inspiración, le habían ya ilustrado sobremanera en los siglos áureos, ha venido celando desde su fundación, hace casi dos siglos y medio, este Cuerpo de insignes personas que es la Academia Española. A este idioma sin par, que España llevó a las tierras americanas al conquistarlas y colonizarlas, y que luego, al romper éstas el vínculo político, les dejó, como eterno legado, junto con la sangre, con la religión, con las costumbres, como precioso don que los siglos habrían de respetar. A este idioma, en fin, que es voz de veinte pueblos y de casi ciento cincuenta millones de hombres, poseídos todos de un espíritu de unidad racial —la que se creó con la sangre y el alma españolas conjugadas con las de nuestros nobles indios de América— para ser siempre contribución decorosa y fuerte a la obra que el mundo, por encima de las tremendas contingencias del día, salvando odios y concupiscencias, ha de realizar, en anhelo de constante superación.

Procuremos, así, vosotros, señores de la Academia Española, y con vosotros todos los elementos de las Correspondientes, cuidar y depurar nuestra lengua, evitarle contaminaciones en forma de barbarismos, de neologismos innecesarios. No es que se desee que el idioma sea organismo estático, antes bien, debe ser fenómeno vivo, en constante movimiento, para que responda a las necesidades del progreso; pero esto bajo el cuidado de los hombres que prudentemente han de aceptar lo que es provechoso para la expresión, y desechar lo inútil y, lo que es peor, nocivo. No se quiere, bien entendido, y esto no es para vosotros, señores, cuya altísima cultura y excelente luz son

plenamente conocidas, que de la junta de México salga un nuevo idioma español. ¡Líbrenos Dios de tal ánimo! Se quiere sólo defenderlo de la anarquía que modismos y palabras de las diversas naciones que lo hablarán, no siempre atinados, producen ya, y que amenazan, si no se remedia, que un día no tengamos un solo idioma, sino una serie de idiomas, de dialectos, mejor dicho, derivados del español. Ni que decir que cada uno de los pueblos de cepa hispánica —Argentina, o Cuba, o México, pongamos por ejemplo— tienen pleno y palpitante derecho para introducir modismos, regionalismos propios; pero siempre que con ello no se rebase la linde que el genio de nuestra lengua opone a tales invasiones o innovaciones no aconsejables; de tal modo que, elástico y dúctil, el idioma español no pierda su maravillosa esencia, graciosa y culta, antes la guarde para que en este siglo, y en el venidero, y por los siglos venturos, nuestros pueblos tengan en él una noble expresión para la ciencia, para el arte, para sus costumbres, para su folklore, para su vida.

Quered, señores, llevar, con presencia y palabra, vuestra magnífica colaboración a los fines de la asamblea, a la que todos los académicos, en un empeño de igualdad y de amistad habremos de aportar nuestro esfuerzo para hacer obra digna de consideración, ya que no es probable que se presente, pronto al menos, una coyuntura tan favorable como la que ahora nos toca en suerte aprovechar.

Traemos con nosotros, y me doy el gusto de ponerlo en manos del ilustre Sr. Director, un breve memorándum, en el que hemos procurado hacer síntesis de nuestras ideas y propósitos sin la pretensión de que se trate de algo definitivo con respecto a los puntos que creemos pueden ser objeto de nuestras pláticas en México.

Os rogamos, señores académicos, que, haciendo acatamiento a vuestra alta investidura y con ánimo benévolo, aportéis a tal memorándum vuestras ideas para que al salir nosotros de aquí, en breves días, podamos llevarlo ya completo y enviarlo inmediatamente a las Academias hermanas, para que ellas, a la vista del proyecto, nos presenten sus puntos de vista, y con el trabajo vuestro y nuestro y con las importantes opiniones que

se dignen darnos las otras Academias, podamos redactar ya la lista final de temas para nuestra junta.

Quizá, ilustres colegas, alguno de vosotros podría, en comisión de esta Española, ser servido de adelantarse un tanto, dos meses quizá, a la reunión de abril, yendo a México, siempre como huésped de nuestro instituto, a fin de ultimar todos los pormenores, para que con un proyecto de organización de trabajos, dividiéndolos y distribuyéndolos en la forma que se juzgue conveniente, pueda la Conferencia laborar en campo limpio, ya con surcos tendidos y abiertos, a fin de que la semilla prócer caiga en terreno que la reciba sin dificultad y con mejores perspectivas de germinación y de fructificación a fechas próximas.

La obra de nuestra reunión podría tener no sólo los fines meramente idiomáticos, en sus aspectos gramaticales, lexicográficos, etc., sino, según la sugestión que el Presidente de la República de México hizo a nuestra Corporación, y ésta acogió con agrado por su atingencia, el de procurar asimismo la creación de una Academia en algún pueblo de habla española que todavía no la disfrute. El noble pueblo de Puerto Rico, cachorro también del león de Castilla, es el único que no cuenta aún con una Academia de la Lengua. Tenemos noticia de que la Academia Española ha iniciado desde hace mucho tiempo las oportunas gestiones, renovadas últimamente en el año 46, sin que hasta la fecha hayan fructificado, tal vez por las peculiares condiciones políticas en que se halla Puerto Rico; pero estamos seguros de que si el concierto de todas las Academias de la Lengua manifiesta el deseo de que se establezca en dicho país una Academia correspondiente, los Estados Unidos procederían con la misma amplitud de criterio con que permitieron que en Filipinas funcionase una Academia de la Lengua Española antes de que las islas constituyesen una República independiente.

Aquí concluye, señores y amigos, nuestro mensaje, árido por mi culpa y un poco quizá también por su propia naturaleza. Mas no os sintáis defraudados por su aparente sequedad, ya que mi palabra trae en la entraña la mejor voluntad de nuestro Presidente, de la Academia de México —y estoy por decir que de nuestro pueblo—, la ponderosa hidalguía de vuestro

Cid y la luminosa, activa, ilimitada simpatía humana de Don Quijote.”

Terminada la elocuente oración del Sr. Quijano, que fué acogida con calurosos aplausos, hizo uso de la palabra el Sr. Fernández Mac-Gregor, que dió lectura del texto siguiente:

“Señores académicos:

Jamás creí que dada la edad que alcanzo, y puesto que antes no había tenido la oportunidad de pisar esta tierra, de la que descendemos todos los hispanoamericanos, jamás creí, repito, que el destino me deparara la ocasión de encontrarme como huésped en este agosto recinto.

Así, pues, me siento colmado de júbilo, y creo que las palabras en que expresaré este sentimiento deben comenzar por rendir pleitesía a tanto prócer que se sienta actualmente en los anhelados e ilustres sillones de la Academia. Larga tarea sería la de loar como se debe a cada uno de ellos, y así me contentaré con evocar a algunos de los académicos ya desaparecidos, despertadores de mi afición por todo lo hispano.

Recuerdo especialmente a los dramaturgos Bretón de los Herreros, a Zorrilla, a Echegaray, a De la Vega, a los Alvarez Quintero y a López de Ayala; a los novelistas eximios que fijaron la fisonomía y las costumbres de esta tierra: al enorme Pérez Galdós, a Alarcón, a Pereda, a Valera, a Picón, al Padre Coloma, a Selgas, a Palacio Valdés, a León. De entre los poetas que son legión he de escoger, por la impresión que hicieron a mi juventud, a Campoamor y a Núñez de Arce.

Manes de estadistas ilustres que tuvieron en sus manos los destinos de España también vagan por este recinto: Castelar, Silvela, Canalejas, Maura; y cómo había de callar a los pensadores, a Balmes, a Donoso Cortés, a Unamuno y a ese florón genial de lo hispano que fué D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Bajo el auspicio de esas sombras augustas, ante vosotros, que sois sus dignos sucesores, pláceme sobremanera venir a apoyar la iniciativa del Presidente de la República Mexicana, Sr. Licenciado D. Miguel Alemán, de la cual ya os ha hablado el Presidente de la Academia Mexicana, D. Alejandro Quijano.

Entraña un reconocimiento de unidad de raza, una sólida simpatía entre la que fué madre de grandes naciones y su prole, la cual, en el curso de los años, se ha mostrado digna de su cepa.

Hoy, en América, todos sentimos nuestra descendencia común, y así se ha formado, así se afirmará la conciencia de un destino común.

Los sociólogos dicen que lo más serio que existe en una raza es la conciencia de pertenecer a ella. Cuando suena la hora del peligro es bueno que los pueblos se sientan remachados a sí mismos por las tumbas y por las cunas; este sentimiento es un gran suscitador de poder.

Poseyendo nosotros esa conciencia, lo demás es cosa del tiempo. Cuantas deficiencias notemos en nuestras sociedades deberán ser suplidas siguiendo el genio de nuestra raza. Debemos inculcar a nuestros hijos el sentimiento de la fraternidad hispanoamericana, y para ello fomentar cuanto lo desarrolle convenientemente.

Antes que tuviéramos la conciencia de que una misma sangre corre por nuestras venas, de que nuestras tradiciones son iguales, de que uno mismo es el porvenir que nos aguarda, éramos solamente una multitud de hombres, y el número no es una fuerza; sólo lo es cuando entre los componentes hay un concierto, una acción simultánea hacia un fin. Sintiéndonos unidos podemos decir como el Almirante genovés: "il mondo e poco", y lanzarnos a la conquista de él.

Y si estas consideraciones por sí solas nos urgen ya a la acción solidaria, el estado actual del mundo es una mole que pesando sobre nuestras moléculas las obliga a la cohesión.

Al término de la segunda guerra europea, los estadistas comprendieron que el mundo internacional no podía ser fundado nuevamente sobre las bases anteriores. La política del equilibrio ha fracasado. Ya no es posible la agrupación de las potencias en dos bandos distintos y equipolentes que se vigilan con celosa suspicacia; ya no es posible el perpetuo crecer de los armamentos con el objeto de matener el estado de defensa. La acumulación misma de las fuerzas tiene que llevar inevitablemente al mundo a otra conflagración cuyos resultados no pueden vaticinarse.

Había que mejorar el sistema que no salió original, pero sí armado de punta en blanco, de la cabeza del Presidente Wilson, en la forma de la Sociedad de las Naciones. En el de las Naciones Unidas se establece de una manera definitiva el principio de seguridad colectiva, el imperio del derecho, montando una máquina que hará preponderar, en toda ocasión, la equitativa voluntad de las potencias agrupadas.

Pero parece que la victoria habrá engañado al mundo una vez más. Todo lo tenemos ahora: el duelo, la servidumbre, la sumisión de pueblos embrutecidos y sangrantes, una podredumbre moral e intelectual, una baja demagogia, un rebajamiento de la categoría humana, una blasfemia sin ejemplo que surge de la múltiple garganta de los pueblos. ¿Pero tenemos, en cambio, la paz?

La raza iberoamericana tiene que contribuir con su ideal a la reconstrucción moral del mundo. Porque el mundo tiene que ser reconstruido sobre la idea de moral.

El intelectualismo ha fracasado. El hombre se mutila queriendo explicarse toda la vida por la razón y, en cambio, no llega a conseguir la verdadera paz, la verdadera felicidad. La razón no es capaz de comprender todas las formas de la vida y de penetrar en la esencia de ésta. La ciencia no consuela; las verdades lógicas son secas e inexpresivas. La actividad humana no encuentra aliciente en la filosofía del materialismo. La vida humana sólo puede basarse en ese residuo último que se llama necesidad de conservación espiritual. Es necesario que lo decisivo no sea la Idea, sino la Energía; no las consideraciones intelectuales, sino las expansiones creadoras de la vida. La reconstrucción de la sociedad, vuelvo a repetirlo, tiene que ser moral, exclusivamente moral.

Ahora bien, la cultura española (y excusad que un extranjero os diga lo que de ella piensa) ha sido la menos inficionada de materialismo, prueba bastante para demostrarlo es que el capitalismo no ha alcanzado en ella el desarrollo que ha alcanzado en las otras naciones.

Y he aquí que esta circunstancia ha de serle una prenda de salud en este juicio universal de los valores vitales. ¿En dónde ha florecido con más energía esa flor del alma que se llama

misticismo y que, poniendo en contacto la parte más íntima del hombre con un principio universal y vivificador le da seguridad y le alienta para todas las grandes empresas? ¿Qué hombres de qué raza han sentido más vivamente esas iluminaciones interiores que se revelan en un lampo la verdad que conduce al fin sin posibilidad de descarrío? ¿En dónde encontraremos almas más suaves y más enérgicas a la vez, más en contacto con el sumo bien y más capaces de realizarlo prácticamente en la tierra?

En la mente de todos vibran los nombres de Juan de la Cruz, de Luis de Granada, de Teresa de Jesús y de Iñigo López de Recalde.

Pero ese resorte interno que alcanza su máximum de tensión en estas almas privilegiadas no deja de mover también las almas más terrenas, pero no menos admirables, de otros hijos de España. Y en realidad toda la obra de esta gran nación está inflamada por esa lumbre interior, por esa intuición de la verdad, que dejando ya quieta el ánimo, le permite aplicarle a fines inmediatos con entera eficiencia.

Inflamados por la fe, los diversos reinos iberos pelearon ocho siglos contra la morisma; apenas terminada la grande obra de la Reconquista, la energía española se sintió estrecha dentro de su península y se lanzó al mar para sacar de su seno un Nuevo Mundo; el espíritu guerrero, el espíritu emprendedor, el espíritu de aventura hicieron la conquista de ese Nuevo Mundo para imponerle una verdad revelada.

Todas las virtudes españolas provienen de esa disposición mística que hay en sus vástagos. De ahí proviene su individualismo irreducible, su amor celoso de la independencia, su exquisito sentimiento del honor; de ahí provinieron en otros días su lealtad al rey, su imaginación y su impulsivismo.

Voluntarioso y místico, el español es fundamentalmente activo. Su forma de arte nacional es el drama; toda su vida es dramática: la aventura, el movimiento, el choque de las pasiones.

Pero ante todo y sobre todo el español es capaz de sentir y de dirigir su existencia, su existencia completa, por el impulso de una fe.

¡La riqueza, el poder! ¡Viejos espejismos que se borran apenas los toca quien los persigue! ¿Cuándo han dado la verdadera felicidad? El hombre que la busca ahincadamente debe volverles las espaldas. No fuera de nosotros está la paz. La creo seguramente en su interior el que posee la taumaturga vara de virtud de una convicción.

Al referirme a esto no pienso en una religión determinada, sino sólo en la efervescencia de la voluntad y del pensamiento y en el anhelo profundo y constante de la verdad.

Sólo esto puede salvar al mundo que sufre un infortunio que parece eterno; la actividad interior, ese instinto de conservación espiritual de que hablé antes, es la clave de todo el edificio humano.

El haz regenerador de naciones, en el que pensamos todos los que deseamos oponernos al imperio de un credo materialista que reduce a esclavos a todas las masas y que mata la individualidad del hombre, base única de su dignidad y de su salvación, puede venir de la asociación de todos los pueblos que hablan el castellano.

El Presidente Alemán, en una intuición grandiosa, ha visto que los pueblos se unen espontáneamente por sus cualidades e intereses comunes. No se necesita crear estructuras ni procedimientos internacionales para que se entiendan. Recuerdo aquí una idea del General De Gaulle, expresada a propósito de los Estados Unidos de Europa. No cito sus propias palabras, sino su meollo: ¿para qué crear inmediatamente una asamblea general de estados europeos?, ¿para qué nombrar un consejo directivo de la política que deben seguir? Lo primero es coordinar los intereses vitales: háganse pactos convenientes sobre el comercio en general, sobre la repartición equitativa de las materias primas; sobre la moneda, sobre tantos otros asuntos particulares que interesan al hombre de la calle, puesto que redundan en su bienestar o en su miseria. Y cuando todos esos pactos estén en marcha, entonces surgirán por sí mismos los organismos adecuados para su manejo. Otra cosa es poner la carreta por delante de los bueyes.

Por eso creo que la idea que el Señor Presidente Alemán entregó a la Academia Mexicana para que la desarrollara, es

fecunda. Lo más patente que tenemos en común es el idioma. Si todos cooperamos a limpiarlo, a acomodarlo a las actuales circunstancias, tanto de la Península como de los pueblos americanos, se habrá dado el primer paso firme para el entendimiento en otras materias.

Ciento cuarenta millones de hombres ardiendo en una sola fe, sintiéndose unidos por la sangre y por la historia, imitando la energía creadora de la metrópoli que les dió el ser, pueden formar una voluntad irresistible, y como dice el poeta: "Si una voluntad se levanta armada de un gran designio, sólo en ella está el centro del orbe".

La intervención del Sr. Mac-Gregor fué también acogida con efusivas muestras de aprobación, y acto seguido el Sr. Director concedió la palabra a D. José Rubén Romero, cuyo discurso, que despertó iguales manifestaciones de entusiasmo que los de sus colegas, fué del tenor siguiente:

"Señores académicos:

Acomodados en tres partes del mundo viven cerca de ciento cuarenta millones de personas que hablan español. Con tal número ya pudiera constituirse una gran potencia espiritual. Sin embargo, estamos lejos los unos de los otros y no utilizamos el fuerte vínculo que debiera unirnos: nuestro idioma, perenne semillero de ideas que conviene abonar para que dé más copioso fruto.

Inmejorable abono de esa índole —si es lícita la metáfora— será el proyectado Congreso de Academias de la Lengua Española. Séame permitido referir, en esta augusta basílica del idioma y con la venia de vuestras señorías, cómo nació el proyecto de convocarlo. La iniciativa se debe exclusivamente a Miguel Alemán, el hombre que gobierna a mi patria y que a la par precúpase por la nutrición del pueblo y por el desarrollo de la cultura.

Si Miguel Alemán, gobernante, ha impulsado a un ritmo antes nunca seguido en México el fomento de las obras públicas, la irrigación de las tierras, la extensión de la red de carreteras y la difusión de un seguro social que atiende en

excelentes clínicas a la salud del obrero, Miguel Alemán, universitario, sabe que la palabra es el don máximo que el hombre recibió de Dios, y ha concebido la idea de reunir a quienes están encargados de velar por la pureza de nuestro lenguaje, que es bien público, ancho camino de pensamientos, tierra fecundísima y sanatorio para fortalecer altas empresas. Con palabras sencillas hablóme un día de la necesidad de cuidar de nuestra lengua española, de defenderla contra influencias extrañas y de dignificarla en labios del pueblo, de manera tal que sirva para hacernos iguales a todos en el buen decir, pues constituye un arma de defensa mucho más noble y eficaz que cualquiera de las que ha inventado la inmisericorde ciencia moderna: la palabra convincente y pacífica con la que se predica la fraternidad.

La idea de celebrar ese Congreso es tan nueva e inesperada, que conviene ahondar un poco en las razones que la explican.

Cuando lleguéis a campos de México, señores, os extrañará quizá advertir que los labriegos, con una cortesanía que es la flor más fragante de la tradición indígena, os den tratamiento de "su merced" y os hablen con giros y expresiones que, ciertamente, no serán desconocidos para vosotros, pues los habréis hallado antes en las comedias de D. Juan Ruiz de Alarcón y de otros ingenios del bien llamado Siglo de Oro. Y es que perduran allá ciertos gustosos modismos de antaño, ciertos arcaísmos de suave colorido. La lengua española es en América como una vieja casaca que aun conservase el discreto esplendor de sus áureos bordados.

"Discreto", he dicho, porque el idioma, al pasar por los labios indígenas, ganó en suavidad y en dulzura lo que perdiera en brillo, y se enriqueció con pequeñas gamas; los múltiples vocablos de las lenguas vernáculas, con los que siguieron nombrándose la fauna y la flora indígenas y las humildes cosas cotidianas. Por eso lo sentimos tan nuestro, tan íntimamente vinculado a la esencia misma de lo mexicano, que en la enseñanza primaria se le llama Lengua Nacional. Añadiré —no está por demás— que algunos de esos vocablos de raíz azteca son hoy de uso corriente en tierras españolas, y no ya tan sólo nombres de productos que la próspera Anáhuac dió al mundo como el

tomate o el cacao, sino de cosas que se llamaron de otro modo en castellano. La tiza, la petaca, por ejemplo, son, apenas formados, el *tizatl*, el *petlacal-li* náhuas. ¡Fecunda influencia recíproca, en la que se refleja la evolución que, a lo largo de tres siglos, formó, hace uno y medio, a los pueblos iberoamericanos!

Eso encontraréis en el campo de la lengua. En el de las letras, al lado de la corriente de origen dócto, que viene desde los humanistas novohispanos del siglo XVI, encontraréis otra, cuyo venero es popular y que influye a lo largo de treinta lustros, desde *El Periquillo Sarniento*, de Joaquín Fernández de Lizardi. Porque la literatura española germinó en la tierra india, pero tomó allí caracteres acordes con el medio geográfico y humano, con la naturaleza, exuberante en partes, austera en otras; con la idiosincrasia de la gente, ya criolla, ya mestiza; y bajo esas poderosas influencias volvióse mexicana.

A la par de la lengua, ¿cómo no mencionar la religión llevada por los audaces navegantes que dieron a la humanidad el fabuloso regalo de un Nuevo Mundo? Al impulso del fervor, las generaciones pasadas levantaron en México millares de templos que muestran en su grandiosa arquitectura la adaptación felicísima del severo estilo herreriano, de la floración barroca, de la fantasía churrigueresca, del clasicismo resurrecto, al marco que le formaron el límpido cielo, las mesetas entre las cordilleras, las sabanas, los nevados volcanes. Templos en los cuales, aun en boca del aborigen, la plegaria se eleva en español, en un español vivo y ardiente, trémulo a veces por el viejo dolor sollozante del indio.

Con la lengua y con la religión fueron también a Ultramar las costumbres, pronto amalgamadas con las similares de los aborígenes y que aun perduran, sobre todo en el santuario hogareño de las ciudades y los pueblos de la provincia mexicana, costumbres normadas por el recato femenino y la hidalguía en el hombre. ¿Cómo no ver —y baste un solo ejemplo— en las bulliciosas ferias, al par de la tradición española, algo del *tianquis* o mercado de los indios? ¡Qué más!: hasta en el arte coquinario se encuentra esa amalgama, porque la sazón de Castilla adereza las vituallas indígenas y viceversa.

En todos los órdenes de la vida, pues, respondemos a la tradición heredada; nuestras costumbres, nuestras artes, nuestras letras son los jugosos frutos del injerto, en el recio tronco indígena, de los fuertes valores históricos que hicieron la gloria resonante de España.

Esas aportaciones hispánicas a la formación del pueblo mexicano —como a la de los demás pueblos de habla española— son las que explican y dan sentido cabal a la celebración, en tierras de México, de un Congreso de Academias de la Lengua Española, ya que entre tales aportaciones es el lenguaje la de valor más trascendente, pues en todo momento actúa y es nexos insustituible entre los hombres.

Pero el idioma —al fin, cosa viva y, por tanto, vulnerable— corre riesgos de decadencia, de resbalar hacia el dialecto, de contaminarse cada vez más con vocablos extranjeros. Y ello no sólo en México: la visión de estadista del Presidente Alemán abarcó a los casi ciento cuarenta millones de seres humanos que tienen como medio de expresión nuestra lengua incomparable. Común a todos ellos es ese patrimonio. Común a todos ellos debe ser su defensa. En esto, todos debemos ser tradicionalistas. Por eso el Presidente Alemán propuso a la Academia Mexicana que invitase a la Corporación matriz y a las demás correspondientes a reunirse en buen amor y compañía, para coordinar mejor sus trabajos y encaminarlos de modo más certero al cuidado del idioma y al mantenimiento de su unidad, que hoy nos enorgullece, pero a la cual amenaza desde lejos la disgregación en lenguas locales.

Traigo para vosotros, señores académicos, un mensaje del Presidente Alemán. Si no son sus propias palabras las que repetiré —que esto fuera mucho pedir a mi memoria—, sí son sus propias ideas: “México os aguarda y os ofrece conjugar con vosotros, en tiempo presente, los verbos *amar*, *comprender*, *sentir*. México verá en vosotros a representantes del pueblo español, porque es en el fecundo terreno popular en donde florece la lengua, y los académicos son como jardineros que podan y limpian de plagas y malezas tan feraz jardín. El Congreso de las Academias será, por tanto, cosa del pueblo y para el pueblo, pues tendrá por materia la lengua en la cual veinte naciones,

fraternalmente iguales, expresan sus sentimientos y se comunican entre sí.”

Aprestad, pues, vuestras carabelas —valga la imagen— y tomad rumbo hacia las playas que, más que los arcabuces de Cortés, conquistó el idioma de Cervantes. Conquista perdurable, porque, aunque el mundo pueda no creerlo, aun vive Don Quijote: se llama América, gracias al espíritu que heredó de España.”

El Sr. Director, recogiendo los nobles y elevados conceptos y la invitación de que eran portadores los delegados de la Academia Mejicana, contestó en esta forma:

“La Academia agradece muy vivamente la tan honrosa y cordial invitación para ese Congreso de Academias Hispano-americanas, proyecto varias veces acariciado y que sólo ahora alcanza la deseada realización, gracias al alto apoyo del Presidente de la República Mexicana, Sr. Alemán, y gracias a la tan atenta iniciativa del Director, Sr. Quijano, y demás miembros de la Academia de Méjico, ahora entre nosotros, representados por los Sres. Fernández Mac-Gregor y Rubén Romero.

No se necesita ciertamente don profético para anunciar y esperar confiadamente que esta reunión de Academias señale un período decisivo, en el cual las relaciones entre ellas habrán de ser más estrechas y más fructíferas para la grave tarea que todas se proponen: la de mantener nuestro común idioma como uno de los más poderosos vínculos culturales que la humanidad ha creado.

Esta comunidad idiomática, aunque puede sufrir quebranto, es esencialmente incommovible. Verdad es que el gran filólogo americano Rufino José Cuervo, en el pesimismo de la senectud, llegó a repudiar las ideas que había sostenido en su edad vigorosa y, mirando el lenguaje como un fenómeno de la Naturaleza y no como una actividad del Espíritu, creía que por fatal evolución, ante la cual el hombre era impotente, nuestra lengua se fraccionaría en idiomas varios, incomprensibles el uno para el otro. Pero la consideración del lenguaje como una función

espiritual se ha impuesto en la ciencia, y es notorio que la evolución de una lengua no es nada fatal, sino que depende siempre de la voluntad, propósitos e ideales de sus habitantes.

Que la unidad superior de nuestro idioma se mantenga floreciente y eficaz, o que decaiga, no en fraccionamiento absoluto, pero sí valorizando con exceso las diferencias dialectales que todo idioma entraña, eso está en manos de cuantos hablan y en la inspiración de cuantos escriben; está también, muy para nuestra responsabilidad, en la conciencia y en la mente de los que integramos estas corporaciones que ahora se van a reunir en Méjico, especialmente preocupados de los problemas atinentes a la vida del idioma.

A ese Congreso de Academias, al que asistirá la Academia Española, ahora tan cordialmente invitada, auguramos desde luego los más felices resultados.”

Por último, y cumpliendo el encargo recibido del Director de nuestro Cuerpo Literario, hizo uso de la palabra el académico Sr. Pemán, cuyo discurso, tomado taquigráficamente, se transcribe a continuación:

“Señores académicos:

Cumplo con el mayor gusto el encargo que me hace nuestro Director de corresponder a los mensajes y saludos de los representantes de la Academia Mejicana de la Lengua que hoy nos visitan.

Nada importa que estas palabras de salutación y bienvenida se digan en este sitio, o en aquel sillón presidencial, o en cualquier otro. Son palabras que están flotando en el aire de esta sala; que son de todos y de ninguno en particular. La cortesía y la etiqueta podrán tener su sede jerárquica y única de expresión; pero el amor entrañable y faterno no tiene sede donde localizarse: que la geometría de los grandes y auténticos sentimientos no tiene más signo que el infinito. Cualquier alcaldillo, aun el del Móstoles más humilde, puede lanzar el grito de la Independencia. Cualquier académico de la Española, aun el más humilde, puede decirle la bienvenida a la Academia Mejicana.

Vuestro Presidente, compañeros mejicanos, que se llama Alejandro como el héroe de las grandes realidades, y Quijano como el héroe de los grandes sueños, nos acaba de transmitir la iniciativa, a la vez realista y soñadora, del Presidente de vuestra Nación: la convocatoria de una magna reunión, sin precedentes, de todas las Academias de la Lengua Hispánica, para estudiar juntos los problemas de este gran vehículo de unidad, compartido por cerca de ciento cincuenta millones de seres humanos.

He aquí una iniciativa que no se hubiera producido, ciertamente, hace unos cuantos años. He aquí una iniciativa reveladora de esa madurez y altura de la conciencia histórica que se produce al hilo de esta universal y actual tendencia hacia los grandes encuentros supranacionales de los pueblos.

El mundo que se da cuenta de que en tiempos de Julio Verne se le daba la vuelta en ochenta días y hoy se le da en ochenta horas, tiene conciencia clara de su empuqueñecimiento físico, y siente, en consecuencia, una tendencia a entenderse y unificarse: tendencia que viene a ser como una resaca de amistad y de concordia que desanda y rectifica el mismo camino que andan, cada día, en sentido contrario, las olas encrespadas del rencor o del recelo. Ya hubo bastantes internacionales de lucha. El mundo quiere improvisarse sus internacionales de la cooperación. Y vosotros habéis sentido agudamente, compañeros de Méjico, que nadie puede quedarse del todo fuera de esos caminos del encuentro y del diálogo. Porque ¡ay de los enanos y de las marionetas en la hora de los gigantes!, ¡ay de los que se empeñen en seguir jugando a los separatismos y a los celos en la hora señalada por Dios con el signo de las anchas y nuevas solidaridades que signifiquen una etapa en el camino hacia lo universal!

Al hilo de esa universal tendencia, la Academia Mejicana no quiere desaprovechar la enorme fuerza de solidaridad que nuestro común idioma significa, y llama a cuantos lo cultivamos a pensar en él, a preocuparse por él, no con esa frialdad técnica con que se convoca a un congreso de ingenieros para entender en los problemas de la electricidad, sino considerando, desde el primer momento, como D. José Rubén Romero

nos acaba de decir con tanta elocuencia, el común idioma como signo de un espíritu común. No se recata esto en la convocatoria: la consecuencia última, llena de intenso calor humano, va ya adelantada en ella como una fervorosa impaciencia de eficacias trascendentales.

Bien planteado así el asunto. En el terreno del espíritu se jugó y se juega todo entre nosotros. La separación de América y de España —aparte de lo que significa como natural acaecimiento de madurez y mayoría de edad— es una etapa histórica de un común proceso de desintegración del espíritu hispano en vosotros y en nosotros. América se separó de España pero no paró aquí el proceso de fraccionamiento; que España, dentro de sí misma, siguió fraccionándose en cantones y separatismos; y su política, en grupos; y su sociedad, en clases; y su pensamiento, en rebeldías anárquicas; como dentro de América, los antiguos reinos se dividían y fraccionaban, y en el interior de cada uno de ellos se producía la misma atomización disgregadora. Las dos Españas de los dos continentes se separaron, es cierto; pero ello fué cuando, al mismo tiempo, porque era el sino histórico de la hora, dentro de cada una de ellas, las regiones se separaban de las regiones; los grupos de los grupos, las clases de las clases, los padres de los hijos y los hombres de Dios.

Pecado común, pecado de la hora. ¿Cómo vamos nosotros a quejarnos de que vosotros imitaseis a Verlain o a Hugo si nosotros tenemos todo un capítulo literario de imitación afrancesada? ¿Cómo vamos a quejarnos de que, a veces, tiñerais de extranjería el habla o las costumbres, si nosotros teñíamos, tantas veces, las ideas o los corazones? ¿Cómo vamos a quejarnos de que vosotros nublarais, alguna vez, el recuerdo de la tradición común, si nosotros blasfemábamos de ella? Pecado común: y pecado mayor en nosotros, que vosotros, al fin y al cabo, sois los hijos de los que se echaron a correr el mundo y buscar la aventura; pero nosotros somos los que nos quedamos en la casa solar, guardando el patrimonio y respondiendo del archivo. Por eso, al cabo del tiempo, serenada toda pasión, nosotros podremos presentaros quizá una dulce querella de olvidos o de amores, pero vosotros podéis requerirnos a nosotros,

con mayor compromiso, a la rendición de cuentas de la mala y pródiga administración de una herencia que no era sólo nuestra.

Sólo en esa hora ya superada de disgregación del espíritu, pudo alguno, a la inversa de la preocupación depuradora que ha sentido vuestro Presidente, apoyarse en lo diferencial y centrífugo, con pretensión de desgarrar el idioma y convertirlo en bandera de diferenciación. ¡Cómo si esa fachada neológica —propia de vuestros atavismos indígenas, de vuestros contactos vecinales, de vuestras absorciones emigratorias— fuera novedad grande en un idioma hecho como ninguno otro a recibir continuos acarreos de palabras: a recibir sobre el fondo ibérico (que los especialistas van conociendo cada vez mejor y que los poetas intuimos, porque es evidente que ya Numancia poseía por lo menos palabras suficientes para concertar una voluntad de resistencia), a recibir, digo, toda una contextura del latín; y todo un vocabulario científico y filosófico de los griegos; y de los germanos, voces de política, administración y derecho; y de los hebreos, voces de religión y teología; y de los árabes, voces de agricultura, floricultura y regadío! Cuando llegó el experimento de América, ya sabía el idioma español lo que es recibir vocablos nuevos y unificarlos y asimilarlos. Ni vosotros ni nosotros estamos dispuestos a dar categoría calderoniana de adulterio o infidelidad a lo que no es más que el santo gozo hispánico de la vida que va recogiendo todas las palabras que encuentra en su camino sin mengua de su sintaxis ni de su morfología, como va el aventurero tostándose, por fuera, con todos los soles, sin que esto signifique nada para la continuidad de su persona física y de su robusta complejión.

Y para afianzar esa conclusión tranquilizadora nada más acertado que esto que habéis hecho: convocar con sereno ánimo científico y estudioso a una reunión genuinamente académica. Es de ese lado, del lado de lo técnico y científico del idioma, donde tenemos la seguridad de encontrar elementos de absoluta unidad. Todo lo aparentemente diferencial se queda en el colorismo centelleante del léxico: aventura de un día, elemento móvil del idioma en contacto con todo lo efímero, anecdótico y pasajero. Nuestro Director, D. Ramón Menéndez Pi-

dal, decía ya, al opinar públicamente sobre la convocatoria mexicana, que al fin se iba viendo claro que así como el ingeniero ha de conocer las bases teóricas y matemáticas de su trabajo, o el jurisconsulto la filosofía del derecho, el escritor ha de conocer, cada vez más, la técnica de su instrumento de expresión. Del estudio científico de éste, no pueden salir más que conclusiones serias, y las conclusiones serias son siempre fecundas y antirrevolucionarias. Nunca en una tarea hondamente científica y académica, como la que en Méjico quiere hacerse, se apoyó ninguna pequeña política de rebeldías o de pasajeros malhumores.

Pero no he de terminar sin advertir que no ha inspirado vuestra convocatoria un estricto deseo técnico de depuración del idioma, ni aun siquiera un puro deseo de pesar lo que éste significa en la mera solidaridad hispánica. Habéis rodeado vuestra convocatoria, como de un halo de luz, de una última y estremecida alusión de lo que ese instrumento de solidaridad hablado por ciento cincuenta millones de seres significa al servicio de la fraternidad humana y de la civilización pacífica. A ello acaba de aludir el Sr. Fernández Mac Gregor al decirnos enérgicamente: el intelectualismo ha fracasado; la vida no puede explicarse por sola la razón; la reconstrucción del mundo tiene que ser moral; la riqueza, el poder, la técnica, dejan incontestadas demasiadas interrogaciones para poder ser ellas so las bases de un futuro mejor.

Vosotros lo sabéis perfectamente, vecinos como sois de un gran pueblo donde florece el más gigantesco logro técnico que haya conseguido nunca la humanidad. Vosotros sabéis que la técnica ensorberbecida ha querido hacerse fin en sí misma y regirse nada más que por una ley cuantitativa de "más y más": más velocidad, más fuerza, más riqueza, más producción, aunque no se trate ya de satisfacer demandas, sino de crear necesidades. Hasta la guerra, al entrar en su pura fase técnica, parece que ha adquirido unos fines propios y casi deportivos que muchas veces anulan los verdaderos fines para los que la guerra fué declarada: ya que el agotamiento de guerra produce entre los vencedores efectos muy parecidos a los que en los vencidos produce la derrota.

Ante esta locura galopante de los valores técnicos y materiales, en el mundo del pensamiento se ha producido esa enorme reacción de tipo existencial. Todo el mundo está transido por la urgente y angustiosa reclamación de la cultura vital frente a la cultura racionalista. Al hilo de esa universal erección de los valores humanos y vitales, se produce esa convocatoria vuestra, compañeros de Méjico, que quiere ocuparse del idioma común con una previa y fundamental preocupación de mutuo entendimiento y solidaridad humana. Al fin y al cabo, somos nosotros, los hermanos de sangre española, viejos multimillonarios de la fuerza moral y las energías vitales, los que podemos darles más lecciones a los advenedizos y nuevos ricos del flamante existencialismo actual.

Sin celos de ninguna especie os hemos escuchado, por eso mismo, vuestra convocatoria para ese gran congreso de Méjico. Habéis tenido la delicadeza de venir antes que nada a poneros de acuerdo con la Academia Española; pero en cualquier caso, lo que este llamamiento y la tarea que deseais tiene, por esencia, de ecuménico y fraternal, supera a toda estricta localización geográfica. He recordado alguna vez el mito de las águilas délficas, en el que los griegos pensaban que dos águilas habían salido de un extremo y otro de la tierra —que, según la primitiva concepción de ellos, tenía la forma de una tabla cuadrangular— y se habían encontrado en un punto equidistante que caía estrictamente sobre Delfos, donde colocaron el centro del mundo y erigieron el templo fundamental de su civilización. Pero luego se supo que el mundo era una esfera, y la superficie de una esfera no tiene un punto estricto y determinado que sea necesariamente su centro. Por eso, las águilas de Delfos ya se encontraron un día en la Roma de los Césares, y otro en el Madrid de los Austrias, y otro en el París del rey Sol, y otro en el Londres victoriano. Ahora las águilas de Delfos vuelan hacia América; pero nosotros españoles, las vemos pasar sobre nuestro cielo sin odio y sin envidia, porque sabemos que no van buscando un estricto punto geométrico, sino la frente de cada hombre que tenga en sí una idea de amor y de fraternidad humana.

Por eso, compañeros mejicanos, vuestra convocatoria es acogida por nosotros sin recelo y con gratitud. Otra vez la voz de la esperanza nos viene de Occidente. Ya nos vimos cuando, sumidos nosotros todavía en el pesimismo del final de siglo, el gran nicaragüense convocaba para un supremo Optimismo a las "inclitas razas úberrimas". Ya nos vino cuando, hace menos años, Gabriela Mistral, ahora honrada con el premio Nóbel, cantaba aquel dístico inmortal que yo he repetido tantas veces:

Perder supieron sólo España y Jesucristo...
¡y el mundo todavía no entiende lo que ha visto!

Que entienda el mundo, por lo menos, esto que esta noche se está viendo en esta sala, donde mejicanos y españoles nos concertamos para preocuparnos juntos por nuestro idioma, deseosos de no desaprovechar, en esta hora del mundo, todo lo que él significa de cohesión y solidaridad para un gran pedazo de la especie humana."

Tanto el Sr. Director como el Sr. Pemán escucharon una calurosa ovación de todos los presentes.

Y siendo ya la hora reglamentaria, se dijo la oración "Agi-mus tibi gratias" y se dió por terminada esta junta.

FALLECIMIENTO DE UN ACADÉMICO CORRESPONDIENTE.

En 26 de julio falleció en Barcelona el académico correspondiente en Cataluña D. Ramón Miquel y Planas. Ilustre escritor, fué elegido para dicho cargo en mayo de 1927. En el acta de la sesión celebrada el día 5 de octubre, en la que se dió cuenta de su fallecimiento, se hizo constar el duelo de la Corporación por tan sensible pérdida.

ACADEMIAS AMERICANAS.

Academia Colombiana.—En sesión del 6 de noviembre eligió esta

Academia individuos de número de la misma a los señores D. José Antonio León Rey, D. Julio César García y D. Roberto Restrepo.

Academia Venezolana.—En junta de 26 de octubre, D. Antonio Reyes, individuo de la Academia Venezolana, leyó y entregó un mensaje de ésta dirigido a nuestra Corporación, en el que se expresa la simpatía, solidaridad y aprecio por la labor que realiza esta Academia Española, así como también por los vínculos que unen a ambas Corporaciones para la salvaguarda del idioma común. El Sr. Director contestó al Sr. Reyes manifestando con cariñosas frases el agradecimiento de la Academia y le felicitó por las acertadas ideas contenidas en el mensaje.

Por ausencia del Secretario efectivo, D. Edgar Sanabria, ha sido designado por la Corporación venezolana Secretario interino de la misma D. Rafael Yepes Trujillo.

Incorporado a esta Academia, mediante el discurso reglamentario, el Sr. D. Eduardo Arroyo Lameda, la Academia Española lo eligió su correspondiente en Venezuela en junta de 5 de octubre.

La misma Academia Venezolana ha sufrido la pérdida de su censor, Monseñor Lovera, y la del académico de número D. Eloy González. La Academia Española, en sesión de 5 de octubre, acordó dar el pésame a aquella Corporación por tan tristes sucesos.

Academia Costarricense.—También en la junta del 26 de octubre, D. Joaquín Vargas Coto, de la Academia Costarricense, presentó un artístico documento en el que le acredita aquella Corporación como su representante ante la nuestra para el estudio de los problemas del lenguaje y para procurar la mayor vinculación de las Academias en bien del habla española. El Sr. Director contestó al Sr. Vargas Coto agradeciendo los excelentes propósitos de la Academia Costarricense.

Academia Boliviana.—En sesión solemne celebrada por esta Academia el día 29 de julio han tomado posesión de sus plazas de número los electos D. Humberto Vázquez Machicado y D. Augusto Guzmán, a quienes ha elegido la Academia Española correspondientes en Bolivia en sesión del 30 de noviembre.

Academia Nicaragüense.—Esta Corporación ha sufrido también la pérdida de su antiguo individuo de número D. Salvador Castrillo, fallecido el 19 de septiembre. Con tan sensible motivo, la Academia Española, en junta del 25 de octubre, acordó dar el pésame a su Correspondiente la Academia Nicaragüense.

ELECCIÓN DE CARGOS.

En la sesión del primer jueves de diciembre se hicieron las reglamentarias elecciones de Director, Tesorero y Vocal adicto a la Comi-

sión Administrativa, y fueron reelegidos: Director, el Sr. Menéndez Pidal; Tesorero, el Sr. Amezúa, y Vocal adicto, el Sr. García Gómez.

Vacante el cargo de Censor, por fallecimiento del Sr. Cotarelo y Valledor, ocurrido después de la primera junta de diciembre, se procedió en la del 28 del mismo mes a la elección prevenida en los Estatutos, y resultó elegido Censor interino el Sr. Marañón.

PREMIOS Y CONCURSOS.

Premio Duque de Alba.—Al concurso extraordinario abierto por la Academia en 9 de diciembre de 1948, con el tema: "Trabajo original e inédito, que tenga tamaño de libro y verse sobre cualquier tema filológico, gramatical o léxico referente a la Lengua española, en general, o a la de alguno de sus buenos escritores, en particular", se han presentado los siete trabajos siguientes:

- 1.º *Nuevo Catálogo de Fonética Española*, señalado con el lema: "Fabla".
- 2.º *Notas sobre el lenguaje poético de la generación Guillén-Lorca*, con el lema: "Gira, corazón".
- 3.º *La razón vital del idioma español: la semejanza predominante, su única ley suprema*, tiene por lema: "La semejanza: unidad en la diversidad".
- 4.º *Apuntaciones al verbo español*, señalado con el lema: "Castilla".
- 5.º *Prosodia y Ortografía de las vocales españolas y Teoría de la diptongación*, tiene por lema: "No se presume cultura, donde no se aprecia esmero en el lenguaje".
- 6.º *Incorrecciones de lenguaje*, señalado con el lema: "Se va ensanchando Castilla...".
- 7.º *Vocabulario Riojano*, con el lema: "Mater amabilis".

Fundación Conde de Cartagena.—En 23 de noviembre de 1950 (*Boletín Oficial del Estado* del 29) se abrió el concurso del presente año. Los temas son:

- I. "Estudio crítico sobre un tema relacionado con la literatura española".
- II. "Orígenes, caracteres e influencias del culteranismo en la literatura española de los siglos XVII y XVIII".
- III. "Vocabulario completo de las obras de D. Juan Valera".
- IV. "Vocabulario completo de las obras de D. Jaime Balmes".

V. "Vocabulario completo de las obras de D. Antonio Capmany".
Premios: uno de 10.000 pesetas para cada uno de los temas.

PUBLICACIONES.

Han salido a luz últimamente los tomos XXXVI, XXXVII, XXXVIII y XXXIX de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

SEMINARIO DE LEXICOGRAFIA

MEMORIA CORRESPONDIENTE AL CURSO 1949-50.

Durante el curso a que se refiere la presente Memoria, los trabajos del Seminario no han podido seguir su ritmo normal a consecuencia de la ejecución de las obras proyectadas para ampliar el local y las instalaciones accesorias. Se han tirado varios tabiques, con lo que casi se duplica el área disponible; se han trasladado junto a las ventanas los elementos de calefacción, dejando así libres todas las paredes para la colocación de nuevas librerías, y se ha construido sobre éstas una galería voladiza con un cuerpo de armarios cuyo desarrollo lineal excede de los 20 metros. De esta manera se ha triplicado la capacidad de la biblioteca especial del Seminario. Esto permitirá, no sólo descongestionar la biblioteca general, cuya angustiosa escasez de espacio era motivo de preocupación para la Academia, sino también tener a mano casi todos los libros que sirven de base al nuevo Diccionario Histórico, con el consiguiente ahorro de las molestias y dilaciones que representaba el trasladarse a otro local y buscar en los índices generales cada vez que era necesario comprobar una cita o aquilatar su sentido a la vista de un contexto más amplio que el que puede ofrecer una papeleta. También fué necesario reformar la antigua mesa de 5 por 1,50 metros, y construir otra igual, a fin de que puedan trabajar simultáneamente dos equipos de redactores; modificar la instalación eléctrica, etc.

La ejecución de las obras, que habían de comenzarse y ter-

minarse durante las vacaciones académicas, se ha prolongado casi dos meses más a consecuencia de las restricciones eléctricas que actualmente limitan el trabajo de los talleres a nueve horas por semana. A más de esto, el trasiego de libros, muebles y ficheros, antes y después de las obras, significa un aumento adicional del período de interrupción previsto.

Claro es que toda la labor que podía hacerse fuera del Seminario —expurgo de libros, acopio y alfabetización de papeletas, estudio y aprovechamiento de manuscritos en las bibliotecas del Estado, etc.— se ha proseguido con entera normalidad; pero los trabajos de redacción, que exigen extender y tener a la vista centenares y aun millares de fichas para estudiar una simple acepción, han estado paralizados. Esta ha sido la causa de que la publicación del pliego de muestra del nuevo Diccionario, a que se hacía referencia en la Memoria del curso anterior, no haya podido efectuarse en la fecha calculada.

Como compensación de este retraso hay que decir que el esfuerzo que no pudo aplicarse a las tareas de redacción se dedicó a intensificar el acopio de nuevos materiales representados por unas 300.000 papeletas, que corresponden a las obras siguientes:

SIGLOS XII AL XV.

- Archivo Histórico Nacional.—*Cerrato Premostratense*.
 — — *Documentos procedentes de la Catedral de Avila*.
Auto de los Reyes Magos, ed. Menéndez Pidal, en RABM, t. IV, 1900.
Biblia Medieval romanceada Judío-Cristiana, ed. P. Llamas, 1950.
 Copla “*Tal dona no quiero servir*”, de un poeta castellano, ed. 1888.
Disputa del Alma y el Cuerpo, ed. Menéndez Pidal, en RABM, t. IV, 1900.
 Alfonso el Sabio.—*Libros de acedrex, dados e tablas*, ed. A Steiger, 1941.
 — — *Las Siete Partidas*, ed. 1807.
Celestina, ed. Foulché-Delbosc, 1902.
Flores de Filosofía, ed. 1878.

- Mandamientos (De los Diez)*, ed. Morel Fatio, en ROM, t. XVI, 1887.
- Pero Marín.—*Miraculos romanizados*, ed. 1736.
- Razón de Amor con los denuestos del agua y el vino*, ed. Menéndez Pidal, RHi, XIII, 1905.
- Roncesvalles.—*Un nuevo Cantar de Gesta español del siglo XIII*, ed. Menéndez Pidal, RFE, IV, 1917.
- Vida de Santa María Egipciaqua*, ed. 1907.
- La Estoria del Rrey Guillelme*, ed. 1878.
- Refranes Aragoneses*, en RFE, XIII, 1926.
- Libro de la Orden de la Banda*, en BAH, LXXII, 1918.
- Libro del Cauallero Zifar*, ed. Ph. Wagner, 1929.
- Placidias.—*De un cauallero que fué después cristiano é ouo nombre Eustacio*, ed. 1878.
- Alvarez Gato (Juan).—*Obras completas*, ed. 1928.
- Díez de Games (Gutierre).—*El Victorial Crónica de Don Pero Niño, Conde de Buelna*, ed. 1940.
- Historia de Enrique Fi de Oliua, Rey de Iherusalem, Emperador de Constantinopla*, ed. 1871.
- García de Santa María (Gonzalo).—*Evangelios e Epístolas con sus exposiciones en romance, según la versión castellana del siglo XV*, ed. 1908.
- Gómez Manrique.—*En Obras completas de Juan Alvarez Gato*, ed. 1928.
- Madrid (Francisco de).—*Egloga*, ed. Gillet, en HR, XI, 1943.
- Mexía (Hernán).—*En Obras completas de Juan Alvarez Gato*, ed. 1928.
- Valera (Mosén Diego de).—*Cirimonial de Príncipes*, ed. 1878.
- *Tratado de las armas*, ed. 1878.
- *Espejo de verdadera nobleza*, ed. 1878.
- *Preheminiencias y cargos de los Oficiales D'Armas*, ed. 1878.

SIGLO XVI.

- Auto agora nueuamente hecho sobre la Quinta Angustia que Nuestra Señora pasó al pie de la Cruz*, en RRQ, 1912.
- Autos (Colección de)*.—Ed. Rouanet, 1901.

- Autos (Colección de)*.—*Glosario*, ed. Rouanet, 1901.
Cancionero de Romances, ed. Menéndez Pidal, 1945.
 Cueva (Juan de la).—*Viage de Sannio*, ed. Wulff, 1887.
 Fernández de Madrid (Alonso).—*El Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano*, ed. Dámaso Alonso, 1932.
La Vida de Lazarillo de Tormes, ed. Foulché-Delbosc, 1900.
 López de Yanguas (Fernán).—*Farsa del Mundo y moral del autor de la real...*, ed. 1901.
 Palau (Bartolomé).—*Victoria de Christo*, ed. 1901.

SIGLO XVII.

- Auto de la Assumption de Nuestra Señora*, ed. 1901.
 Calderón de la Barca (D. Pedro).—*Auto sacramental alegórico intitulado El Divino Orfeo*, ed. 1690.
 Campillo de Bayle (Ginés).—*Gustos y disgustos del lentiscar de Cartagena*, ed. 1949.
 Vega Carpio (Lope de).—*Epistolario*, ed. González Amezúa, 1941-1943.
 — — *El Castigo sin Venjanza*, ed. Van Dam, 1928.

SIGLO XVIII.

- Anglés y Gortari (Mathías de).—*Copia del informe que hizo el general ..., corregidor del Potosí ...*, ed. 1769.
 Antequera y Castro (Joseph).—*Carta segunda. Política y Legal Satisfacción del Señor Doctor ...*, ed. 1768.
 — — *Memorial ajustado*, ed. 1769.
 Avendaño (D. Alexandro de).—*Discursos filosóficos en defensa del Atomismo*, ed. 1716.
 Feijóo (Fr. Benito Gerónimo).—*Cartas*, t. I al V, ed. 1742 a 1761.
 — — *Teatro crítico*, t. I al IX, ed. 1727 a 1739.
 — — *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro crítico*, ed. 1729.
 Lantery (Raimundo de).—*Memorias de ...*, ed. Picardo, 1949.

Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid, mayo de 1785.

ÉPOCA MODERNA.

- Alonso (Dámaso).—*Ensayos sobre poesía española*, ed. 1944.
- Alvarez Quintero (S. y J.).—*Lo que tú quieras*, ed. Van Dam, 1944.
- Amezúa (Agustín G. de).—*Lope de Vega en sus cartas*, ed. 1935, t. I.
- Antología de la Poesía Española e Hispanoamericana*, por Federico de Onís, ed. 1934. (Comprende 125 autores.)
- Arbó (Sebastián Juan).—*Tierras del Ebro*, ed. Barcelona.
- Armijo (Jacobo. El Coronel).—*España y las rutas del aire*, ed. 1944.
- Azorín.—*Castilla*, ed. 1943.
- — *Los Pueblos*, ed. 1943.
- — *Los valores literarios*, ed. 1921.
- Barja (César).—*Libros y autores clásicos*, ed. 1929.
- Baroja (Pío).—*La ciudad de la niebla*, ed. 1931.
- — *El mundo es así*, ed. 1947.
- — *La feria de los discretos*, ed. 1922.
- — *Las tragedias grotescas*, ed. 1920.
- — *Memorias*, ed. 1947, t. IV.
- Benavente (Jacinto).—*Don Magin el de las Magias*, ed. 1945.
- — *Rosas de Otoño*, ed. Van Dam.
- Blanco Soler.—*Dos ensayos sobre la vejez y su tratamiento*, ed. 1944.
- Camba (Julio).—*Esto, lo otro y lo de más allá*, ed. 1943.
- — *Playas, ciudades y montañas*, ed. 1927.
- Cotarelo y Mori (Emilio).—*El tecnicismo de la prehistoria*, en BRAE, X, 1932.
- Cotarelo Valledor (Armando).—*El teatro de Cervantes*, ed. 1916.
- Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, ed. 1939.
- Fernán Caballero.—*La Gaviota*, ed. 1881.
- García Gómez (Emilio).—*Silla del moro*, ed. 1948.
- Guerrero y Pallarés (Teodoro).—*Anatomía del corazón*, ed. 1856.
- Gómez (Bonifacio).—*El presidiario*, ed. 1851.

- González Blanco (Andrés).—*Los cuatro días de Elciis*, ed. 1927.
- Guillén (Julio F.).—*Nostramo Lourido*, ed. 1948.
- Icaza (Francisco A. de).—*Las novelas ejemplares de Cervantes*, ed. 1915.
- Maragall (Juan).—*Artículos*, ed. 1912, t. I, II y III.
- Marañón (Gregorio).—*Tiempo viejo y tiempo nuevo*, ed. 1943.
— — *Antonio Pérez*, ed. 1946-1947, t. I y II.
- Menéndez Pelayo (Marcelino).—*Historia de la Poesía castellana en la Edad Media*, ed. 1914, t. II.
- Miró (Gabriel).—*El abuelo del rey*, ed. 1929.
— — *Nuestro Padre San Daniel*, ed. 1921.
— — *Años y Leguas*, ed. 1928.
— — *Libro de Sigüenza*, ed. 1928.
- Ortega y Gasset (José).—*El Espectador*, ed. 1932.
— — *Mirabeau o el Político*, ed. 1932.
- Ortega y Gasset (José).—*La rebelión de las masas*, ed. 1932.
- Palacio Valdés (Armando).—*La Hermana San Sulpicio*, ed. 1928.
- Pantorba (Bernardino de).—*Ignacio Zuloaga*, ed. 1944.
- Pérez de Ayala (Ramón).—*La pata de la raposa*, ed. 1930.
— — *Belarmino y Apolonio*, ed. 1921.
- Pérez Galdós (Benito).—*Trafalgar*, ed. 1929.
— — *La fontana de oro*, ed. 1883.
— — *El abuelo*, ed. 1940.
— — *Bailén*, ed. 1929.
— — *Cassandra*, ed. 1905.
— — *Electra*, ed. 1903.
— — *Napoleón en Chamartín*, ed. 1920.
— — *Zaragoza*, ed. 1919.
- Puyol y Alonso (Julio).—*El abadengo de Sahagún*, ed. 1915.
- Recto (Claro M.).—*Bajo los cocoteros*, ed. 1911.
- Répide (Pedro de).—*Noche perdida*, ed. Renacimiento.
- Rodríguez López (Jesús).—*Supersticiones de Galicia*, ed. 1900.
- Rodríguez Marín (Francisco).—*El Loaysa de "El celoso extremeño"*, ed. 1901.
- Sáinz de Robles (Federico).—*Lope Félix de Vega Carpio, su vida y su obra*, ed. 1946.
- Subias Galter (Juan).—*El camino de Santiago*, ed. 1943.

- Valle (Del).—*Las reformas sociales en España*, ed. 1944.
 Valle-Inclán (Ramón del).—*Viva mi dueño*, ed. 1928.
 — — *Gerifaltes de antaño*, ed. 1909.
 Vázquez de Mella (Juan).—*Discursos parlamentarios*, t. VI,
 ed. 1931.

La aportación correspondiente a las Ciencias y a las Artes plásticas está representada por las siguientes obras:

- Cornide de Saavedra (José).—*Ensayo de una historia de los peces*, ed. 1788.
 López Seoane (Víctor).—*Fauna mastológica gallega*, ed. 1861.
 Merino (Baltasar).—*Flora descriptiva e ilustrada de Galicia*, ed. 1905-1909.
 Mutis (José Celestino).—*Noticia de varios bálsamos o aceytes que se recogen en las Provincias de Indias*, en *Memorial Literario*, V, 1785.
 Paz Graells (Mariano de la).—*Exploración científica de las costas del departamento marítimo del Ferrol*, ed. 1870.
 Planellas Giralt (José).—*Ensayo de una flora fanerogámica gallega*, ed. 1852.
 Ríos Noceyro (Francisco de los).—*Catálogo de las aves que frecuentan las inmediaciones de Santiago y otros puntos de Galicia*, ed. 1850.
 Andrés de Ustarroz (Juan).—*Descripción de la casa de Lastanosa*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
 Aranda (R. P. Gabriel de).—*El Artífice Perfecto*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
 Castro (Felipe de).—*Lección que hizo Benedicto Barqui*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
 Chica y Olmo (Fray Juan de la).—*Iconología o Tratado de Imaginería, de Escultura y Pintura*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
 Durán y Bastero (Luis).—*El pintor cristiano y erudito, de Juan Interiam de Ayala*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
 Falle (Juan Carlos de la).—*Tratado de la Arquitectura*, ed. Sánchez Cantón, 1941.

- Lafuente Ferrari (Enrique).—*La novela ejemplar de los retratos de Cervantes*, ed. 1948.
- *Breve historia de la pintura en España*, ed. 1946.
- Lastanosa (Vincencio Juan de).—*Narración de lo que pasó a ...*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
- Nájera y Angulo (Fernando).—*La evolución de la técnica en el empleo y aplicaciones de la madera de construcción*, ed. 1944.
- Pacheco (Francisco).—*A los Profesores del Arte de la Pintura*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
- Palomino (A.).—*El Parnaso Español pintoresco laureado*, ed. Sánchez Cantón, 1936.
- Preciado de la Vega (Francisco).—*Arcadia Pictórica*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
- Villanueva (Diego de).—*Colección de diferentes papeles críticos*, ed. Sánchez Cantón, 1941.
- Ximénez (Fr. Andrés).—*Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, ed. 1941.

AUTORES HISPANOAMERICANOS (I),

- Academia Venezolana (Informe de la).—1943.
- Arona (Juan de).—*Páginas Diplomáticas del Perú*, ed. Lima, 1891.
- Bayona Posada (Daniel).—*Foesías*, ed. Bogotá, 1921.
- Blest Gana (Alberto).—*Durante la Reconquista*, ed. París, 1897.
- Buitrago Morales (Fernando).—*Lo que he visto al pasar*, ed. Nicaragua, s. a.
- Caicedo Rojas (José).—*Apuntes de Ranchería*, ed. Havre, 1871.
- Cancionero Popular Venezolano*, ed. Caracas, 1919.
- Carrasquilla (Ricardo).—*Coplas*, ed. Bogotá, 1863.
- Castellanos (Jesús).—*Los Argonautas*, ed. Habana, 1916.

(1) De la selección que se había hecho de las obras correspondientes a los países hispanoamericanos, y en espera de que lleguen las que se pidieron a los lugares de origen, ha continuado el aprovechamiento de las que existen en la Academia.

- Castellanos (Jesús).—*Cuentos*, ed. Habana, 1916.
 ——— *Los Optimistas*, ed. Habana, 1914.
 ——— *Lecturas y Opiniones*, ed. Habana, 1914.
 ——— *Crónicas y Apuntes*, ed. Habana, 1916.
 ——— *La Manigua sentimental*, ed. Habana, 1916.
 Castex (Eusebio R.).—*Cantos populares*, ed. Bs. Aires, 1923.
 Castillo (Florencio M. del).—*Amor y desgracia*, ed. México, 1902.
 ——— *¡Hasta el cielo!*, ed. México, 1902.
 ——— *Dos horas en el hospital*, ed. México, 1902.
 ——— *Hermana de los Angeles*, ed. México, 1902.
 ——— *En un cementerio*, ed. México, 1902.
 ——— *D. Manuel E. de Gorostiza*, ed. México, 1902.
 ——— *Dolores ocultos*, ed. México, 1902.
 ——— *Culpa*, ed. México, 1902.
 ——— *La corona de azucenas*, ed. México, 1902.
 ——— *Botón de rosa*, ed. México, 1902.
Colección de documentos ... de América y Oceanía, ed. Madrid, 1864 a 1875.
 Coll (Pedro Emilio).—En *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, ed. Caracas, 1940.
 Coll y Toste (Cayetano).—*Leyendas Puertorriqueñas*, ed. Puerto Rico, 1925.
 Corpeño (José D.).—*El dolor de la estirpe*, ed. San José de Costa Rica, 1923.
 Corylé (Mary).—*El Mío Romancero*, ed. Cuenca de los Andes, Ecuador, 1945.
 Cuéllar (José T.).—*Los mariditos*, ed. Barcelona, 1890.
 ——— *Las jamonas*, ed. Santander, 1891.
 ——— *Ensalada de pollos*, ed. Barcelona, 1890.
 ——— *Isolina*, ed. Santander, 1891.
 ——— *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, ed. Santander, 1892.
 Darío (Rubén).—*El Salmo de la Pluma*, ed. Madrid, 1927.
 ——— *Canto épico a las glorias de Chile y otros cantos*, ed. Madrid, 1927.
 Díaz Covarrubias (Juan).—*Gil Gómez el insurgente*, ed. México, 1902.

- Echeverría (Estevan).—*Rimas*, ed. Bs. Aires, 1837.
- Escobar Roa (R.).—*Elegía rústica*, ed. Bogotá, 1921.
- Fernández Guardia (Ricardo).—*Cuentos Ticos*, ed. San José de Costa Rica, 1901.
- — *Magdalena*, ed. San José de Costa Rica, 1902.
- Fernández y Medina (Benjamín).—*Charamuscas*, ed. Montevideo, 1892.
- — *La flor del pago*, ed. Barcelona, 1923.
- Henríquez Ureña (Max).—*La vida y la obra de Jesús Castellanos*, ed. Habana, 1914.
- López-Portillo (J.).—*La parcela*, ed. México, 1898.
- Maldonado (Alfonso M.).—*Cuentos y narraciones*, ed. México, 1908.
- Mármol (Miguel).—En *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, ed. Caracas, 1940.
- Matto de Turner (Clorinda).—*Tradiciones cuzqueñas*, ed. Arequipa, 1884-1886.
- Mejía Nieto (Arturo).—*Relatos nativos*, ed. Tegucigalpa, 1929.
- Méndez y Mendoza (Eugenio).—En *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, ed. Caracas, 1940.
- Mera (Juan León).—*Cumandá*, ed. Quito, 1879.
- Mistral (Gabriela).—*Desolación*, ed. New York, 1922.
- Obligado (Dr. P.).—*Tradiciones argentinas*, ed. Barcelona, 1903.
- Ocantos (Carlos María).—*La cola de paja*, ed. Madrid, 1923.
- Orrego Luco (Luis).—*Un idilio nuevo*, ed. Santiago de Chile, 1900.
- Palma (Ricardo).—*Tradiciones*, ed. Lima, 1883.
- Picón Febres (Gonzalo).—*Flor*, ed. Caracas, 1905.
- — En *Antología de costumbristas venezolanos del siglo XIX*, ed. Caracas, 1940.
- — *El Sargento Felipe*, ed. Caracas, 1899.
- Reissig (Luis).—*La campaña del General Bulele*, ed. Bs. Aires, 1928.
- Rivera (José Eustasio).—*La vorágine*, ed. Madrid, 1932.
- Rodríguez Beltrán (Cayetano).—*Cuentos*, ed. Jalapa, 1922.
- — *Tipos callejeros*, ed. Jalapa, 1922.
- Sales Pérez (Francisco).—*Costumbres venezolanas*. ed. New York, 1877.

- Santos Chocano (José).—*Selva virgen*, ed. París-México, 1904.
 ——— *Iras Santas*, ed. París-México, 1904.
 ——— *En la aldea*, ed. París-México, 1904.
 ——— *Azahares*, ed. París-México, 1904.
 ——— *Postdata*, ed. París-México, 1904.
 Segura (Manuel Ascensio).—*Artículos*, ed. Lima, 1885.
 ——— *Poesías*, ed. Lima, 1885.
 ——— *El Sargento Canuto*, ed. Lima, 1885.
 ——— *La saya y manto*, ed. Lima, 1885.
 ——— *Ña Catita*, ed. Lima, 1885.
 ——— *La moza mala*, ed. Lima, 1885.
 Soto y Calvo (Francisco).—*Nastasio*, ed. Chartres, 1899.
 Terrazas (Francisco de).—*Poesías*, ed. Madrid, 1863.
 ——— *Poesías*, en RFE, V, 1918.
 Vallejo (José Joaquín).—*Obras*, ed. Santiago de Chile, 1911.
 Vicuña Cifuentes (Julio).—*Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena*, ed. Santiago de Chile, 1915.
 Wast (Hugo).—*Fuente sellada*, ed. Madrid, 1942.
 ——— *Una estrella en la ventana*, ed. Madrid, 1942.
 ——— *Flor de durazno*, ed. Madrid, 1942.
 ——— *Desierto de Piedra*, ed. Madrid, 1942.
 ——— *Valle Negro*, ed. Madrid, 1942.

FICHAS DE REFERENCIA (I).

- Botánico. Anónimo Hispano-Musulmán.—*Glosario de voces romances registradas por un ...*, ed. 1943.
 Casares y Sánchez (Julio).—*Cosas del Lenguaje*, ed. 1943.
 Cejador y Frauca (Julio).—*Vocabulario Medieval Castellano*, ed. 1929.

(1) Estas fichas no contienen pasajes textuales de las obras, sino la simple indicación de que determinada palabra figura en el vocabulario que se cita o ha sido estudiada por cierto autor desde el punto de vista semántico o etimológico .

- Coll y Altabás (Benito).—*Colección de voces usadas en la Littera (Aragón)*, ed. 1902.
- Gatta (F. de).—*Vocabulario Charruno*, ed. 1903.
- Glosario Zamorano, en *Memorias hist. de Zamora*, IV, 1883.
- Huidobro (Eduardo de).—*Palabras, giros y bellezas del lenguaje popular de la Montaña*, ed. 1907.
- Lapesa (Rafael).—*Historia de la Lengua Española*, ed. 1948.
- — *El Fuero de Avilés*, ed. 1948.
- Lázaro Carreter (Fernando).—*El habla de Magallón*, ed. 1945.
- Lengua de Gacería (Cantalejo).—*Documentos* (1949).
- López Barrera (Joaquín).—*Estudios de semántica regional*, ed. 1912.
- López Puyoles (Luis).—*Colección de voces de uso en Aragón*, ed. 1902.
- Malaret (Augusto).—*Los americanismos en la copla popular y en el lenguaje culto*, ed. 1947.
- — *Diccionario de Americanismos*. Suplemento, t. I-II, 1942-1944.
- Menéndez Pidal (Ramón).—*El idioma español en sus primeros tiempos*, ed. 1927.
- — *Manual de Gramática Española*, ed. 1941.
- Millares Carlo (Luis y Agustín).—*Léxico de Gran Canaria*, ed. 1924.
- Morán (P. César).—*Vocabulario del Concejo de la Lomba en las montañas de León*, en BRAE, 1950.
- Muñiz (Francisco Javier).—*Voces usadas con generalidad en las Repúblicas del Plata*, en BAAL, 1937.
- Observaciones sobre los argentinismos registrados en el "Diccionario de la Lengua Española"*, 1939.
- Palencia (Alfonso de).—*Universal Vocabulario en latín y en romance*, ed. 1490.
- Pardo Asso (José).—*Nuevo Diccionario etimológico aragonés*, ed. 1938.
- Peralta (Mariano).—*Ensayo de un Diccionario aragonés-castellano*, ed. 1836.
- Rodríguez (Francisco Javier).—*Diccionario gallego-castellano*, ed. 1863.

- Rodríguez Herrera (Esteban).—*Observaciones acerca del género de los nombres*, ed. 1947.
- Schallman (Lázaro).—*Coloquios sobre el lenguaje argentino*, ed. 1946.
- Textos Aljamiados*, en HR, XIII, 1945.
- Valle (Alfonso).—*Diccionario del habla Nicaragüense*, ed. 1948.
- Yanguas y Miranda (José).—*Diccionario ... documentos de Navarra ...*, ed. 1854.
- — *Diccionario histórico-político de Tudela*, ed. 1828.